

Frete libertario

Madrid, 8 enero de 1939

Editado por el Comité de Defensa Confederal, del Centro, Serrano, 111

NUMERO 675

ON LOS SOLDADOS QUE AVANZAN POR EXTREMADURA

Los días de ofensiva triunfal del Ejército del Pueblo

(De nuestro enviado especial)

Amanece espléndido el día cinco de enero. Millares de hombres, firmes en sus puestos, aguardan impacientes la orden de ataque. Frente a ellos, un enemigo fuerte, advertido, que concentra sus reservas para contener el empuje de los soldados del pueblo.

Hace días que nuestros hombres esperan la hora X en que ha de darse el salto a las líneas de la facción; hacen que soportan el frío y el barro, el agua y las heladas entre los encinares que cubren las tierras quebradas donde se unen Extremadura y Andalucía. Ambados en el suelo, formando grandes corcos en torno a las hogueras, los soldados arden en deseos de comenzar a actuar. En la noche del 4 la orden operada cruza las unidades, pone en tensión los nervios, distribuye los hombres en los puestos apropiados para iniciar la lucha. Cuando amanece cada uno está en su puesto, decidido a todo, pensando que en estos campos va a librarse una dura batalla, un combate definitivo quizá en la lucha del pueblo por su libertad e independencia.

A las ocho de la mañana, rompiendo el silencio que envuelve los frentes, los cañones dejan oír su voz ronca y dura. El estampido de los obuses retumba en las arrancadas, crece y se extiende a lo largo de todos los frentes. Son centenares de cañonazos que van señalando las líneas enemigas, que levantan junto a montones de polvo y tierra, humbradas, nidos, cadáveres de soldados de la invasión. El enemigo pretende contestar. Sus piezas, camufladas tras de los altos cerros que ocupan, tiran sobre nuestras posiciones, pretendiendo evitar lo inevitable. Y lo inevitable es el avance de los hombres del pueblo tan pronto como, electrizando a millares de soldados que ocupan las trincheras, les llega la orden de lanzarse al asalto.

Tiene grandes dificultades, en su fase inicial, esta ofensiva. El enemigo ocupa, a todo lo largo del frente, posiciones dominantes. Frente a nuestros hombres se alzan, inasequibles casi, las Sierras Noria y Trapera, el Vértice Patuda, una cadena ininterrumpida de cerros duros y pedregosos, tras los que se ocultan las fortificaciones cuidadosamente levantadas por el enemigo. Han de subir a pecho descubierto, trepando por las descarnadas laderas, ofreciendo blanco magnífico a las ametralladoras, a los fusiles, a los cañones. Pero los soldados del pueblo suben...

Suben con rapidez, con decisión, con heroísmo. Cuando una cae, otros a la carrera ocupan su puesto. Ni las ráfagas de las ametralladoras, ni el estallar de los obuses, ni el estrépito de los morteros pueden contenerlos. Hay que ganar las alturas, hay que arrebatárselas al enemigo, hay que romper esta línea de magníficos fortines naturales, por-

que tras ella está el premio de las puertas abiertas de par en par a la libertad.

Es inútil la resistencia del enemigo; inútiles sus desesperados intentos; inútil la acumulación rápida de fuertes reservas; inútil su derroche de municiones y elementos. Los soldados del pueblo coronan ya Vértice Patuda. En su cresta misma, en las líneas fijadas por la invasión, la pelea es corta y dramática. Nuestros hombres se imponen arrolladoramente. Los enemigos que no se rinden es porque ya están muertos.

Vértice Patuda es un buen comienzo, apenas iniciada la jornada. Pero no es más que el comienzo. Nadie se detiene a descansar; nadie cuenta los compañeros que hayan podido caer en la ascensión. Todos piensan que el frente enemigo ha empezado a romperse. Y que tan pronto como quede roto, será posible lanzarse sin dificultades hacia el corazón de la retaguardia enemiga. Los soldados del pueblo corren rápidos, cuesta abajo, por la opuesta pendiente. Nadie esperaba que Vértice Patuda pudiera caer tan rápidamente en nuestras manos. Los técnicos de la facción tenían la seguridad plena de que fracasaríamos en nuestro intento de ganarle a pecho descubierto, a fuerza de arrojo y heroísmo. Tan seguros, que en la contrapendiente hay una batería disparando contra nuestras líneas. Son cuatro cañones Wickers, del 10,5, nuevos. Cuando sus servidores quieren reaccionar, es ya demasiado tarde. Antes de que acaben de comprender que el Patuda está en nuestras manos, antes de que piensen en transportar las piezas y aun de ponerse a salvo sus servidores, ya están rodeados por nuestros soldados, imposibilitados para defenderse y para huir. Un solo camino ante ellos: rendirse. Los fascistas se rinden. Cuatro magníficos cañones vienen a engrosar la artillería del pueblo.

La lucha prosigue a todo lo largo de la línea. En la serie de cotas que forman la Sierra Noria el enemigo se defiende en trincheras y fortines. Ha concentrado gente durante los últimos días, ha triplicado la guarnición y las armas, pensando en cortar en flor nuestro avance. Pero los soldados del pueblo saltan audaces por encima de todas las dificultades. Los fascistas, --la pistola de los jefes se clava en la nuca de los soldados-- resisten a la desesperada. Nuestros hombres acaban a tiros, a bombazos, al arma blanca con los núcleos donde se defienden las compañías y los batallones del enemigo. El combate adquiere aquí una grandeza

dramática. Mas, una vez aplastado el adversario, coronadas las crestas, ondeante la bandera del pueblo donde antes había clavado otra los servidores de la invasión, el avance prosigue. Sierra Noria era un obstáculo duro; ahora se alzan enfrente la Sierra Trapera, Valsequillo, el castillo de los Blázquez, La Granjuela...

Va cayendo la tarde, mientras los soldados del pueblo, luego de romper en una extensión de varios kilómetros el frente enemigo, profundizan su avance. Pronto, con las primeras sombras de la noche, rebasan Valsequillo, donde unas compañías facciosas resisten a la desesperada. No se puede perder tiempo en conquistarlo casa por casa; unos batallones establecen en su torno un cerco que se estrecha por minutos; los demás continúan su avance sobre las crestas de Sierra Trapera, sobre Los Blázquez, sobre La Granjuela.

Al caer la noche puede hacerse ya, entre el ruido del combate que sigue con redoblada intensidad, entre el tableteo de las ametralladoras y el ruido sordo de los cañonazos, un ligero balance de la primera jornada. Todos los objetivos han sido conseguidos. El frente fascista está roto; las alturas más importantes en nuestro poder; centenares de prisioneros marchan en camiones rumbo a los puntos de concentración en la retaguardia. Pero nadie se entretiene en hacer el balance. Los mandos comprueban, con satisfacción, cómo se van cumpliendo sus órdenes; los soldados que luchan sólo sueñan en continuar el avance; el avance en sí mismo.

Y la batalla sigue, con los mismos caracteres, durante la noche. Cae una fuerte helada que atraviesa en las mantas y penetra en los huesos. Las manos que se aprietan sobre el fusil se quedan ateridas de frío. Pero el frío tampoco puede contener a los soldados del pueblo. Entre las sombras de la noche y a la luz del día, bajo la caricia del sol o pisando la escarcha, nuestros soldados avanzan. Avanzan desde esta mañana como un torrente desbordado, coronando alturas, asaltando trincheras, cruzando barrancadas, pensando más que en la muerte que acecha, en la esperanza ilusionada de millones de hermanos que aguardan su liberación al otro lado de las líneas de la invasión extranjera...

La mañana del seis es fría, triste, desoladora. Una niebla húmeda y fría se pega a las crestas de los montes, resbala por las laderas, invade los valles. No se ve a cincuenta metros de distancia. En el suelo hay grandes

charcos; la ropa se humedece y se cae. Pero el combate sigue. El Ejército Popular no tiene tiempo que perder. La niebla, por espesa que sea, no puede retrasar un solo minuto la obtención de los objetivos señalados por el mando. El avance sigue. Los que resisten en Valsequillo tienen que rendirse; una tras otra van cayendo las cotas de Sierra Trapera; el castillo de Los Blázquez es coronado por los soldados españoles; La Granjuela empieza a sentir un cerco que lo asfixia. Es un día de lucha dura en todos los sectores; pero un día de avances profundos.

La lucha continúa con el progreso constante de nuestros soldados. Dos días de ofensiva señalan ya una magnífica victoria. El frente enemigo ha saltado roto en cien pedazos. Hemos avanzado en una profundidad de más de veinte kilómetros. Las reservas traídas apresuradamente por el enemigo son incapaces de contener el ímpetu de nuestros hombres. Centenares de prisioneros --fascistas que ya no creen en la victoria de Franco, morados extraídos de las cabillas al olor del botín y la carne, viejos civiles y antiguos terciarios-- van con sus harapos miserables, cubiertos de mugre, llenos de rotos, hacia la retaguardia. Llevando en el rostro toda la amargura del vencimiento. Por encima de todas las provisiones fascistas, de los cálculos de los estados mayores de Roma y Berlín, sus fuertes líneas de Extremadura no han podido resistir el empuje de los soldados del pueblo. Ante éstos quedan abiertas vías magníficas. Los próximos días, acaso de magníficas sorpresas para España entera, dirán cómo saben aprovecharlas los hombres que luchan por su libertad.

Y ya claro y diáfano, el contraste elocuente entre dos ofensivas. A los quince días de ataque desesperado contra Cataluña, los italianos no han conseguido romper nuestros frentes, y cada paso adelante les cuesta centenares de muertos y millones de marcos y libras. A los dos días de ofensiva popular en Extremadura, las líneas enemigas están rotas, amenazados puntos vitales del adversario, y los soldados españoles en camino de obtener la más esplendorosa de todas sus victorias.

Frente de Extremadura.

Los soldados del pueblo, arrojando todas las resistencias del enemigo, reconquistan para la libertad centenares de kilómetros cuadrados de terreno

Para quienes fuera de nuestras fronteras hubieran podido creer que la capacidad combativa de nuestros soldados estaba agotada, para quienes apoyándose en turbias propagandas afirmasen que la resistencia de nuestro pueblo tocaba a su fin y de ese pretendido agotamiento intentaran obtener consecuencias desfavorables a la causa del antifascismo y de la libertad, la ofensiva iniciada por las armas leales en los frentes de Extremadura, ha sido el jarro de agua helada que habrá cortado todas sus turbias ilusiones y sus no menos turbios manejos. El pueblo español, los trabajadores españoles, no sólo son capaces de frenar las taras de la coalición fascista, sino que también son capaces de tomar la iniciativa de los combates y tienen energías más que sobradas para lograr éxitos militares de gran envergadura.

Nuestros soldados han recibido la orden de atacar en los frentes de Extremadura, y sin una duda, sin una vacilación, se han lanzado al asalto de las líneas enemigas; los servidores de la invasión, la antiespaña que se cobija en las trincheras de nuestros adversarios, ha visto, con sorpresa y con pánico, cómo una avalancha de héroes se lanzaba sobre ellos, sin que ni el fuego de las ametralladoras, ni el tronar de las explosiones fuera suficiente para cortar sus avances; pueblos, sierras, cotas, caseríos, valles, llanuras y barrancos, pasan en turbión a manos de los soldados del pueblo; nada es bastante para detener su arrollador avance y, seguros del triunfo, marchan como iluminados en seguimiento de sus banderas, en afán insuperable de conquistar aquellos postulados de libertad, de justicia, de vida digna, que ya en los días de julio les hicieron arrollar todas las resistencias del enemigo.

El pueblo español se abre paso por tierras de Extremadura; los soldados de la invasión son impotentes para contener su avance; nada ni nadie para sus ímpetus, encendidos en fiebre nueva de seguros triunfos. Clamor de victoria de pueblo en armas, se alza en decenas y decenas de kilómetros. El pueblo español demuestra al mundo entero cuáles son sus inagotables reservas de energía, de capacidad de combate, cuando se trata de la libertad. Porque es el afán de libertad, de hundimiento de la tiranía que pretende imponerse sobre nosotros, el que nos empuja más firmemente a la lucha y al sacrificio.

Todas las adversidades se olvidan por los trabajadores españoles en la hora del triunfo; cuando éste sonríe a nuestras armas, vuelven todos los rostros a presentar el mismo aspecto que en las jornadas iniciales de nuestra lucha; el pueblo avanza en los frentes de batalla; y en ese mismo momento se olvidan dolores, sacrificios, sufrimientos,

para pensar en la gloria y en el bienestar del mañana victorioso.

¡Adelante, bravos de Extremadura! Entre vuestras manos se encuentran quizás el porvenir del antifascismo español que es, aunque el mundo no quiera terminar de comprenderlo, el porvenir de todos los trabajadores de la tierra. Sobre vuestros hombros ha caído la ingente tarea de contribuir a levantar un mundo nuevo, libre de privilegios y de injusticias, abierto a la verdad humana y sencilla de marcha junto al trabajo fecundo.

Pero no es únicamente esta vuestra misión; existe otra no tan amplia, pero mucho más concreta, infinitamente más inmediata, que debe también ser digna de la más cuidadosa atención. El enemigo ataca en Cataluña; en vuestras manos, en vuestro éxito, está la mejor posibilidad de ayudar a la región hermana contra la que se han lanzado las mejores fuerzas de la invasión. El enemigo codicia la presa de Cataluña; vosotros, atacando en Extremadura, contribuis a defender la tierra catalana con el mismo heroísmo, con la misma intensidad, con que la defienden los soldados del pueblo que en

aquellas tierras cierran el paso a los invasores.

Firmes en la ofensiva, soldados del ejército de Extremadura! En vosotros descansa la confianza del pueblo español; desde todos los puntos de la España leal se admira públicamente vuestra gesta; y en la España invadida, donde millones de hermanos nuestros sufren la dominación extranjera, en el silencio de los hogares, se sigue con un palpitar emocionado cada uno de vuestros pasos.

¡Luchad con tesón y con fe! ¡No defraudéis la esperanza que en vosotros tiene puesta nuestro pueblo! Y en el mañana claro que nos traerá la victoria, encontrareis cumplida compensación de todos nuestros sacrificios presentes.

¡Adelante, bravos de Extremadura! En vosotros se encuentra uno de los pilares de la victoria del pueblo!



Berchtesgaden suena de nuevo, mientras Chamberlain prepara sus maletas

Berchtesgaden suena de nuevo mientras Chamberlain prepara sus maletas.

La tensión sigue manifestándose. El viaje de Chamberlain va a encontrarse con más obstáculos de los que creía hace un mes el primer ministro británico. Entonces creía el "premier" que en Roma todo sería buena voluntad,

Ministerio de Defensa Nacional PARTE OFICIAL DE GUERRA

EJERCITO DE TIERRA.—Extremadura.—Continúa victoriosamente el avance de los soldados españoles, que durante la jornada de hoy han cruzado el río Zújar, conquistando el pueblo de Peraleda, Zaucejo y continuado su progresión hacia Monterrubio de la Serena.

La margen derecha del río se ha conquistado el pueblo de Cuenca, situado en las proximidades de Granja de Torre Hermosa.

Se han ocupado, asimismo, el vértice la Grana, loma de Navalagrulla, cota 690, Casa Saladilla, Casa Esportillo, Casa de la Membrillera, Sierra Navarra, Sierra Majano, Cerro Mirón, Sierra del Toro, Cerro Majadito, Cerro Sordo, Sierra de la Cueva, Castillo del Ducado, Sierra del Ducado, cotas 686, 599 y 541, Casa de la Enfalera, Vértice Calera y el pueblo de Fuenteovejuna.

La acción continúa a la hora de redactar este parte, habiendo rechazado fácilmente nuestras tropas algunos contraataques enemigos. La extensión del territorio invadido conquistado por las fuerzas españolas en estas 3 jornadas exceden a los 600 kilómetros cuadrados, siendo extraordinaria la cantidad de prisioneros y material de todas clases recogidos, a cuya clasificación se procede, y entre el que figuran dos importantes polvorines, con munición de todas clases.

Este.—En la zona de Cubells los soldados españoles resisten heroicamente los continuados y costosos ataques de las fuerzas al servicio de la invasión. El vértice Marvell fue tres veces ocupado por el enemigo y otras tantas recuperado en inmediatos y bríosos contraataques, capturándose prisioneros y recogiendo, junto con diverso material de guerra, una gran bandera monárquica, que el enemigo había colocado en dicha posición. En los sectores de Vinaixa y Viloseli la lucha es violentísima, sosteniendo nuestras tropas a los invasores, que son enérgicamente batidos, a pesar del apoyo de toda clase de medios materiales.

Nuestra aviación bombardeó y ametralló con gran eficacia concentraciones enemigas.

En los demás frentes, sin noticias de interés.

AVIACION.—En la tarde de ayer la aviación extranjera bombardeó Gándia.

proposito recto, con el fin de que la política personal del jefe inglés encontrara la colaboración del "duce". No ha sido así, sin embargo. Primero fue el irredentismo, es decir de los truenos del "gran condottiero", a fin de crear un problema a Inglaterra, tan poco segura de la política apaciguadora que viene desarrollándose tanto al Tamesis, con el consiguiente hasco para los lares y grandes y pequeños burgueses. Ahora es Alemania, o su Prensa, la que inicia una campaña con el fin de apoyar la posición irredentista de Italia, poniendo este otro obstáculo en la política del apaciguamiento de Chamberlain, cuando éste suda pensando en lo difícil que va a ser su viaje a la ciudad del Tiber.

La política de "los Cuatro", soñada por el político británico, en

su primer intento, sufrirá otro fracaso.

De nada sirvió la declaración franco-alemana, tan explotada por el político británico, en apoyo de su política apaciguadora, y como así es, cuando más había de demostrar Hitler que el viaje de Ribbentrop a París no era una farsa más, un puro juego político, viene a desmentirlo esta campaña de la Prensa alemana, auspiciando los deseos imperialistas de Italia en el Mediterráneo, en franco ataque a Inglaterra, pero más todavía a Francia y a su Imperio africano.

La comedia del apaciguamiento, explotada en Munich por el apaciguador, se manifiesta de esta manera tan contraria a los deseos pacificadores, y se publican artículos que llevan títulos tan francamente antifranceses como éste: "París desconoce a Roma", como este otro, no menos ostensible: "Italia no se dejará intimidar", con este subtítulo no menos elocuente: "La indignación italiana por las provocaciones de Túnez".

Y otra vez Berchtesgaden, nombre que nunca olvidará Austria y Checoslovaquia, así como tampoco el primer ministro británico, adonde fue el primer ministro británico a poner a la Gran Bretaña a los pies del aventurero alemán. En el retiro del "führer", Peck ha sido recibido por aquel el ministro polaco, amigo de Goering, con el que cazará próximamente, acompañando del jefe del Gobierno de Yugoslavia, para seguir los tres trabajando por la pacificación del Continente en vista del poco fruto que dió el trabajo de "los Cuatro".

Beck ha ido a suplicar al tirano parido, en nombre del filofascista polaco, a fin de que no persiga a los polacos en Danzig y a los judíos de nacionalidad polaca, expulsados de tierra alemana.

Todo esto se tratará en la próxima cacería, jugando de nuevo al engaño, prevalidos los fascistas de Berlín y Roma de la mansedumbre ingenua de que san venido dando muestras sus futuras víctimas.

Frente a todos estos manejos, tan peligrosos para el "statu quo", la Prensa de Londres cree que Chamberlain, a la vista del chantaje italoalemán, insistirá cerca del "duce" en que la liquidación de la injerencia extranjera en España será el medio más seguro para la reanudación de las negociaciones francoitalianas y para la aplicación de los cuerdos angloitalianos. Pero sea éste o no el pensamiento de Chamberlain, España continúa estorbando con su resistencia todos los manejos contra la paz verdadera de Europa, en defensa propia y de las democracias amenazadas.

VISADO POR LA CENSURA

S. U. de las I. del P. y A. G.—C. N. P.